

No podemos resistir al deseo de citar, para concluir, algunas palabras de nuestro preclaro historiador el Sr. Roa Bárcena, á propósito de la batalla del Molino del Rey en que halló la muerte el General León.

"Gloriosa aunque adversa, dice el escritor académico, fué para México la jornada de 8 de Septiembre de 1847, y si, antes que las lomas de Tacubaya, no hubiesen albeado á centenares en la Angostura, Cerro Gordo y Padierna los cadáveres enemigos, la historia de esta sola jornada refutaría el aserto atribuído al general Grant, teniente en ella y con posterioridad vencedor de la Confederación del Sur y presidente de los Estados Unidos, de que nuestros soldados huían al simple aspecto de las bayonetas norte-americanas. Si tal aserto, que el sentido común rechaza, hubiera sido expresado, las sombras de Martin Scott y tantos otros veteranos en cuya diestra fría quedó inmóvil la espada aquella mañana, surgirían en la conciencia del autor, protestando contra su dicho."

---



---

## XIV

### D. CARLOS MARIA BUSTAMANTE.

---

**P**ATRIOTA eminente en la gloriosa época de la conquista de la libertad é independencia de México; historiador de ese mismo período, y por último, infatigable editor de obras que acaso se habrían perdido para siempre si él no hubiese empleado en su publicación tiempo y recursos, D. Carlos María Bustamante no merece el desdén con que de él hablan muchos á quienes nada deben ni la patria ni las letras. Obra de reparación fué, por lo tanto, la del Estado de Oaxaca al proclamar que se honra en contar entre sus mejores hijos al Sr. Bustamante, al erigirle una estatua.

La lectura de los apuntamientos biográficos que va á conocer el lector, comprobará lo que acabamos de decir.

Nació D. Carlos María Bustamante en Oaxaca el día 4 de Noviembre de 1774. Quedó huérfano á la edad de seis años, y su niñez fué muy enfermiza.

A los doce años comenzó á estudiar gramática lati-



na y luego cursó filosofía en el seminario de su ciudad natal. En seguida vino á México y se graduó de bachiller en artes, y vuelto á Oaxaca estudió teología en el convento de San Agustín, graduándose de bachiller en el año de 1800. Ya cuatro años antes había empezado en México la carrera de jurisprudencia, viviendo en el Colegio de San Pablo, que siguió hasta su conclusión, alternándolo con el idioma francés, raro en aquellos tiempos. El virrey Azanza le distinguió mucho por una inscripción latina que le presentó para que adornase la entrada del paseo que llevaba su nombre y ahora se conoce con el de *Calzada de la Piedad*. Se recibió como abogado en 1801, y en el mismo día murió el relator de la Audiencia, y él ocupó su puesto, que desempeñó á satisfacción y haciéndose un lugar muy distinguido por su instrucción y talento, sobre todo por algunas brillantes defensas que hizo de algunos reos. Redactó *El Diario de México* en 1805, época del virrey Iturrigaray, y en el que se insertaron algunos de los primeros ensayos de la musa mexicana.

Pero el grito de Dolores mudó la fase de México, y fué entonces invitado por Allende para tomar parte en la revolución. Bustamante se negó á esa pretensión, y cuando en Septiembre de 1812 se promulgó la Constitución, hizo uso del derecho que entonces se concedía sobre libertad de imprenta, publicando un periódico llamado *El Juguetillo*; mas á poco fué mandado suprimir, y tuvo que ocultarse en la casa del cura de Tacubaya, desde donde, acompañado de su esposa Doña Manuela Villaseñor, se dirigió á Zacatlán, punto de

que se había apoderado Osorno con una gruesa partida de insurgentes. Quiso allí establecer algún orden en aquella turba, pero le fué imposible, y no pudiendo sufrir con paciencia la vista de sus desórdenes, se dirigió á Oaxaca, donde imperaba Morelos, quien á pesar de no hallarse á su llegada, en la ciudad, por haber salido á atacar á los españoles, sabedor de sus buenos deseos por la causa de la independencia, le dió el empleo de Brigadier, nombrándole inspector de caballería. Cuando el Congreso de Chilpancingo fué instalado por Morelos, ocupó un asiento D. Carlos representando á México en aquella reunión, y él fué el autor del discurso que pronunció Morelos en el acto de la apertura de las sesiones.

Cuando Morelos fué derrotado en Puruarán, el Congreso se disolvió, por la inminencia del peligro, y tuvo que ir á reunirse en Oaxaca. D. Carlos y el padre Crespo se adelantaron para arreglar todo lo relativo á aquella medida; mas encontraron la situación tan favorable al Gobierno español, que tuvieron que dirigirse á Tehuacán, donde fueron mal recibidos por Rosains, y tuvieron que buscar un refugio en Zacatlán donde se hallaba Osorno, que fué casi al mismo tiempo sorprendido por las tropas españolas en la madrugada del 25 de Septiembre de 1814, y Bustamante escapó con trabajo. Su compañero Crespo no lo pudo efectuar, y fué hecho prisionero y fusilado.

Después de tantas penalidades y peligros, se dirigió á la hacienda de Alzayunga donde se hallaba Arroyo, y allí se convino que partiese á los Estados Unidos co-



mo comisionado de Rayón para demandar auxilios, debiéndose embarcar en la barra de Nautla; pero el guerrillero Anzures le sorprendió en el camino, le mató uno de sus criados y le despojó de cuanto llevaba; volvió á ser sorprendido por otra partida del mismo Anzures, y en la noche del propio día por otro guerrillero, en una barranca, y por poco los españoles le hacen prisionero. En las inmediaciones de Orizaba volvió á hallarse otra vez en peligro: cuando llegó al pueblo de la Magdalena, se encontró con una partida de Rosains, que le llevó preso hasta Tehuacán, donde fué encerrado y se le trató con el mayor rigor. Cuando este jefe fué depuesto y preso por el general Terán la noche del 16 de Agosto de 1815, ya pudo gozar de alguna seguridad; mas por este tiempo ocurrió la derrota y prisión de Morelos y la toma del cerro Colorado. Entonces las armas del Gobierno español se hacían dueñas de una gran parte del país y ahuyentaban las pequeñas bandas de independientes. En situación tan angustiosa, D. Carlos intentó por segunda vez embarcarse para Nautla, y ya estaba en poder de los españoles; quiso encerrarse en el fuerte de Palmilla, y Hevia se había ya apoderado de él. No hallando otro remedio, pidió indulto al Gobierno español, y presentándose el 8 de Marzo de 1817 al destacamento de Plan del Río, conducido á Veracruz, no pensó más que en proporcionarse los medios de emigrar á los Estados Unidos; ayudáronle en la fuga algunos españoles para quienes conservó gratitud eterna.

Se embarcó el 11 de Agosto en un bergantín de gue-

rra inglés, y al día siguiente fué á su bordo el capitán del puerto con una partida de tropa de marina á sacarlo preso, lo cual verificó á pesar de haberse abrazado del pabellón inglés, y no tuvo más tiempo que para entregar á unos guardias marinos cinco cuadernos en que tenía escrita la historia de la revolución, y quedó muy satisfecho con que puestos estos papeles en manos del almirante de Jamaica, por este medio sabría la Europa los sucesos de México, consiguiendo así D. Carlos su principal objeto. Este rasgo es muy notable, y en él resalta su vocación de historiador, que le hizo olvidar el peligro en que se hallaba su vida, para salvar sus escritos y ponerlos en camino de que viesan la luz pública, cuando sus ojos podrían privarse con la sombra de la muerte, de la luz del día; y este fué el preludio de los trabajos en que empleó sus fuerzas y sus días, con una constancia de que hay pocos ejemplos. Del buque fué trasladado al castillo de San Juan de Ulúa y puesto incomunicado en un pabellón con centinela de vista. Trece meses permaneció en tal estado. Formósele causa por haber intentado salir del país sin permiso del Gobierno, la que, vista por dos veces en consejo de guerra, salió en ambos en discordia, y remitida á la sala del crimen, el fiscal pidió que el reo fuese confinado á Ceuta por ocho años. En 2 de Febrero de 1819 le sacaron del castillo, dándole la ciudad de Veracruz por cárcel, hasta que se le declaró comprendido en la amnistía concedida por las Cortes. Proclamada en Iguala la independencia, á la que contribuyó escribiendo á Guerrero para que obrase de



acuerdo con Iturbide, salió Bustamante de Veracruz, y en Jalapa se unió á Santa-Anna, quien le empleó en el despacho de su secretaría. Entró, por fin, á la capital en 11 de Octubre de 1821, después de haber sufrido tantos reveses de la fortuna y vístose en tantos y tan inminentes peligros.

Al punto que conoció la convocatoria publicada por Iturbide, Bustamante la impugnó en el periódico semanario *La Avispa de Chilpancingo*, y el número 5 fué denunciado, y su editor, que desde antes no era muy bien visto por aquel caudillo, porque en Puebla le aconsejó con franqueza que desconociese los tratados de Córdoba, fué reducido á prisión, aunque nada más por unas cuantas horas. Instalado el Congreso el 24 de Febrero de 1822, Bustamante tomó asiento en él como diputado por Oaxaca, y fué nombrado por aclamación presidente mientras se hacía la elección de éste, que recayó en D. J. H. Odoardo. Siguiéron las desavenencias entre el Congreso é Iturbide, y en la noche del 26 de Agosto fué conducido preso Bustamante al convento de San Francisco. No recobró su libertad sino hasta Marzo de 1823 con motivo de la reinstalación del Congreso. En 1827 sufrió nueva prisión por denuncia de un escrito suyo. En 1833 estuvo en riesgo de sufrir una persecución más seria, y para defenderse, publicó una biografía suya con el título: *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar*.

En 1827 obtuvo en recompensa de sus servicios los honores de auditor de guerra cesante. Creado por las leyes constitucionales de 1836 el Supremo Poder Con-

servador, Bustamante fué uno de los cinco individuos que lo formaban, y permaneció en esta corporación hasta que fué destruída por la revolución de 1841 que terminó con las bases de Tacubaya. Más adelante el General Santa-Anna le propuso nombrarle para el Consejo de Estado creado por las Bases Orgánicas de 1843, lo que rehusó.

La vida de D. Carlos desde 1824 hasta su muerte, se pasó en el Congreso, en el que casi siempre estuvo como diputado por Oaxaca, y en la continua ocupación de escribir y publicar multitud de obras suyas y de diversos autores. La invasión del ejército de los Estados Unidos en 1847, le causó una profunda sensación de tristeza, y murió en 21 de Septiembre de 1848, siendo enterrado su cadáver en el panteón de San Diego de México.

Dice Arróniz, biógrafo de Bustamante, á quien hemos seguido casi textualmente: "En los puestos públicos que ocupó, fué irreprensible la conducta de D. Carlos, y la más notable de sus prendas fué el patriotismo más desinteresado y puro, bien que no siempre anduviera muy acertado en el modo de manifestarlo: aunque como hombre cometiera errores, sus intenciones no podían ser más rectas, y la humanidad y gratitud son cualidades que no es posible negarle. Afeaba tan buenas prendas con una credulidad pueril, dejándose arrastrar por la última especie que oía, lo que le hacía ser ligero en formar opinión, inconsecuente en sostenerla y extravagante en manifestarla." Sobre su estilo como historiador, dice el mismo biógrafo: "El



lenguaje de Bustamante es, en general, poco correcto; lleno de arcaismos, voces forences, locuciones bajas y salidas chocarreras."

El número de obras que hizo imprimir sube á 19, y se cree que en su impresión gastaría 40 á 45,000 pesos. Su obra principal es el "Cuadro Histórico de la revolución de la América mexicana, comenzada en 15 de Septiembre de 1810," México, 1823 á 32, 6 tomos en 4º. Las otras originales:—Galería de antiguos Príncipes Mexicanos.—Crónicas Mexicanas.—Campanías del General D. Felipe Calleja.—Mañanas de la Alameda de México.—Historia del Emperador D. Agustín de Iturbide.—El Gabinete Mexicano durante la administración del General Bustamante.—Apuntes para la Historia del Gobierno del General Santa-Anna.—El nuevo Bernal Díaz del Castillo, ó sea la Historia de la invasión de los anglo-americanos en México.—Y otras muchas obras ajenas publicadas por él.

Las obras mencionadas tienen, es cierto, gran número de defectos; pero aun así, prueban el patriotismo de Bustamante y su deseo de que no se perdiesen tantas y tan curiosas noticias acerca de la guerra de independencia. Sin ellas, Alamán habría logrado ser el único historiador de esa época, y parcial como era, fácilmente se comprende que nuestros héroes aparecerían revestidos del carácter más odioso. Del estudio comparativo de los escritos de Alamán y Bustamante, se deduce la necesidad de aquilatar con sano juicio lo que en ellos hay de verdadero, mezclado como está, con los desahogos de las contrarias pasiones que los ani-

maban. Pasarían sin contradicción las aseveraciones algunas veces calumniosas de Alamán, si Bustamante no hubiese recopilado tantas y tan útiles noticias como en sus libros se encuentran. Como el genio se impone casi siempre, Alamán, superior á Bustamante en inteligencia y en saber, sería, por decirlo así, autoridad infalible en materias históricas, y mucho, como ya indicamos, sufriría con esto la verdad y el buen nombre de nuestros héroes. Estas ligeras observaciones bastarán á probar la importancia que encieran los trabajos de Bustamante que, lo repetimos, tienen abundantes defectos, mas no por ellos pierden el mérito que en nuestro humilde juicio debe concedérseles por una conciencia ilustrada.